

EN EL X ANIVERSARIO DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

Dr. Jorge Rovira Mas
Director del Instituto

Celebramos hoy el X Aniversario del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, establecido en 1975 por acuerdo del Consejo Universitario de la Institución, siendo Rector el Dr. Claudio Gutiérrez Carranza.

Es oportuno recordar en esta ocasión algunas de las características más pertinentes del contexto académico y universitario dentro del cual fue tomada esta determinación.

A mediados de la década de los años setenta, la Universidad de Costa Rica, que había venido creciendo a un ritmo notable, era un centro de estudios superiores abocado esencialmente a tareas de enseñanza o transmisión del conocimiento, resultando evidente la desproporción prevaleciente entre la docencia, por un lado, y las actividades de investigación y extensión, por el otro. Para entonces, la evolución de las Ciencias Sociales —restringiendo artificialmente este concepto en esta oportunidad para referirnos a ellas como las que conforman nuestra Facultad de Ciencias Sociales— constituía un hecho relativamente nuevo, de no más de diez o quince años a lo sumo, hecho profundamente influenciado por un pequeño número de profesores, de gran vocación académica, que dieron lo mejor de sí en la forja de nuevas generaciones de profesionales, a menudo en detrimento de su propio desarrollo como científicos, pero que por estas mismas características y exigencias de la época se vieron obligados a relegar su dedicación a la investigación hasta convertirla en un quehacer secundario y residual. Voy a permitirme mencionar el nombre de algunos de ellos: me refiero al Dr. Eugenio Fonseca Tortós, a la Dra. María Eugenia Bozzoli de Wille, al Lic. Carlos Humberto Aguilar Piedra y al Profesor Rafael Obregón Loría. Este incipiente desarrollo de las Ciencias Sociales se torna manifiesto cuando recordamos, por ejemplo, que la Licenciatura en Sociología se inició en el año 1974, que la Licenciatura en Psicología lo hizo en 1972, que la de Ciencias Políticas data de 1968 y que la correspondiente a Ciencias de la Comunicación Colectiva recién comenzó en 1984.

Habría que agregar aquí también que eran escasas las unidades institucionales existentes en aquellos años en el país, allende la Universidad de Costa Rica, que desplegaban algunos esfuerzos de investigación en el campo de estas disciplinas. Si aún hoy no es frecuente contar, de parte de diversos sectores y grupos de la sociedad costarricense, con una valoración justa del creciente empeño institucional que nuestra universidad ha venido poniendo para ampliar sus iniciativas y programas en el ámbito de la investigación científica, hace diez años había una mayor incomprensión y suspicacia respecto de los cambios que se iniciaban.

Las consecuencias más relevantes de estas características del contexto al que hacíamos mención, se pueden resumir así:

1. Pocos recursos humanos y materiales orientados al quehacer científico.
2. Predominio abrumador de las acciones individuales por sobre aquellas ejecutadas por grupos y equipos de trabajo, conjuntamente con la preponderancia de la investigación unidisciplinaria en relación con la casi inexistente de índole interdisciplinaria.
3. Prevalcimiento de la organización de la investigación en términos de proyectos de corto plazo y pocas actividades estructuradas bajo la forma de programas y con una perspectiva de mediano y largo plazo.
4. Existencia de pocos lugares de encuentro para contrastar y discutir resultados entre especialistas.
5. Carencia de unidades técnicas de apoyo.
6. Oportunidades muy limitadas de publicar y difundir trabajos, debido bien a las pocas revistas y editoriales de que se disponía, bien a la ausencia de periodicidad efectiva que a las primeras les era peculiar.

Es con el trasfondo de este conjunto de circunstancias y prácticas establecidas, que surge en 1975 el Instituto de Investigaciones Sociales, bajo el

ímpetu renovador y reorganizador generado por el III Congreso Universitario de los años 1971 y 1972 y que ya para 1975 empezaba a fructificar en nuevas dependencias con nuevos contenidos, los que vendrían a ampliar y a enriquecer el horizonte de la vida universitaria nacional.

Precisamente para contribuir a debilitar y a erradicar viejas actitudes y modos de operar arraigados pero inconvenientes, y para estimular maneras de organización y funcionamiento más promisorias y más acordes con las exigencias y los requerimientos del desarrollo científico contemporáneo, es que se le señalaron al Instituto un conjunto de objetivos entre los cuales conviene mencionar en especial aquel que dice así:

“Corresponderá al Instituto desarrollar proyectos de investigación de carácter multidisciplinario en los cuales participen, principalmente, especialistas en las diversas disciplinas que abarca la Facultad de Ciencias Sociales, e interesar en ellas a investigadores de otras ramas del saber”.

La base primera del equipo científico, técnico y administrativo con que contó el Instituto provino de dos unidades a la sazón existentes y que el Consejo Universitario, obedeciendo a una serie de criterios, había decidido clausurar. Me refiero al Centro de Estudios Sociales y de Población (CESPO) y al Instituto de Estudios Centroamericanos (IECA). Aquel grupo fundador de nuestra unidad académica estaba constituido por el Prof. Mario Fernández Arias, el Prof. Asdrúbal Alvarado Vargas, el Prof. Hugo Roldán, la Lic. Carmen Violeta León, el Sr. Jorge Oconitrillo, la Lic. Annabelle Schmidt, el Lic. Rodolfo Vázquez, la señora Lisbeth Vega y el Lic. Luis Fernando Mayorga, quien si bien entonces se desempeñaba como Vicerrector de la Universidad, su inserción en el Instituto había sido ya determinada a raíz de la desaparición de CESPO, todos bajos la dirección del Dr. Daniel Camacho Monge. A este primer núcleo se le añadiría poco después el Dr. David Luna D., el Lic. Mario Flores Macal, ambos fallecidos, y la señora Lourdes Serrano, provenientes estos últimos del Instituto de Estudios Centroamericanos.

Durante estos diez años las labores académicas y científicas cumplidas por el Instituto han sido apreciables, sobre todo si tomamos en consideración el punto de partida, las condiciones incipientes que rodeaban a las actividades científicas sociales hace una década.

Si bien no es esta una ocasión adecuada para presentar un recuento pormenorizado de todo lo alcanzado en diez años de actividades, sí parece

necesario indicar, aunque sea en forma rápida, algunos logros importantes.

Mencionaré en primer lugar dos programas que han producido ya resultados de mucho alcance para conocer mejor, entre otros procesos, las condiciones de reproducción de ciertos sectores sociales como el campesinado costarricense y las mujeres de los sectores populares de Costa Rica —tanto de áreas urbanas como de rurales— que se encuentran organizadas en grupos cuyo objetivo es su inserción en la vida productiva del país orientada hacia el mercado. Estos programas son “Estructura productiva del agro costarricense” y “Mujer y Sociedad en Costa Rica”, respectivamente.

En segundo lugar, la constitución de la Unidad de Investigación Documental e Información (UNIDI) del Instituto, principal unidad técnica de apoyo, que dispone de un equipo experimentado de analistas documentales y de aproximadamente diez mil documentos sobre la temática socioeconómica, de los cuales cinco mil quinientos se encuentran procesados técnicamente. En el transcurso de lo que resta del presente año esperamos concluir con la primera etapa de su proceso de automatización. Hay que apuntar asimismo que el fondo documental de la UNIDI es frecuentado por investigadores no solo de la Universidad de Costa Rica, sino también de otras instituciones del país y provenientes del extranjero.

En tercer término, en el campo de la acción social, durante varios años el Instituto se hizo presente por medio de sendos programas en la Radio Universidad de Costa Rica, “La Hora Centroamericana” y “La Hora Precolombina”, que tuvieron a su cargo los profesores David Luna De Sola y Mario Flores Macal.

Y en cuanto a publicaciones, como cuarto aspecto a destacar, el Instituto de Investigaciones Sociales ha sacado a la luz en estos diez años un total de sesenta y tres documentos entre sus dos series “Avances de Investigación” e “Investigaciones”, tomando en cuenta también dentro de ese mismo número los trabajos preparados por la Unidad de Investigación Documental e Información (UNIDI). Entre estos últimos sobresalen la “Bibliografía retrospectiva sobre política agraria en Costa Rica”, la “Bibliografía anotada de obras de referencia sobre Centroamérica y Panamá en el campo de las Ciencias Sociales” obra en dos tomos, y el inventario anual que desde hace algunos años venimos editando sobre investigaciones en curso en Ciencias Sociales en Costa Rica. Cuatro libros forman parte de nuestra colección de publicaciones y otros dos

se encuentran en preparación. Los ya impresos son los siguientes: *La población de Costa Rica* de Mario Fernández y Annabelle Schmidt, *El fracaso social de la integración centroamericana* de un equipo compuesto por Daniel Camacho, José Rafael del Cid, Mario de Franco, Carlos Chamorro, Siméon González, Gustavo Noyola y Hugo Molina, *Economía y población* de Wim Dierckxsens y Mario Fernández y *Antropología Centroamericana* de David Luna De Sola. Y hemos editado once números de nuestra revista *Anuario de Estudios Centroamericanos*, que verá la luz dos veces al año a partir de 1985, ahora bajo la dirección del Dr. Héctor Pérez Brignoli.

Durante esta primera década de vida, el Instituto se ha beneficiado del apoyo y la cooperación recibida de los siguientes organismos externos a la Universidad de Costa Rica: el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT), el Comité Internacional para la Coordinación de las Investigaciones Nacionales en Demografía, el Programa de Investigaciones sobre Población en América Latina (PISPAL), la Fundación Friedrich Ebert de la República Federal de Alemania y la Fundación Ford de los Estados Unidos, apoyo y cooperación que agradecemos hoy calurosamente.

Si me he permitido esbozarles algunos de los tópicos más descollantes de lo que ha sido nuestra trayectoria al presente, me parece conveniente en lo que sigue dejar planteados ciertos lineamientos estratégicos que puedan, quizás, ser la base que oriente al menos una parte de los desarrollos por venir del Instituto de Investigaciones Sociales.

Empezaré por hacer notar que el contexto actual no es el de hace diez años, en ningún sentido. La vida académica y científica de Costa Rica ha mejorado sensiblemente y por lo menos varios de los condicionantes de ayer ya no se encuentran en el orden del día. En el Instituto, en particular, bien podemos afirmar que hemos superado con éxito los primeros estadios del crecimiento: disponemos hoy de recursos humanos más calificados y muchos, hemos acumulado cierta experiencia en labores de investigación de naturaleza multidisciplinaria, se poseen valiosos recursos técnicos de apoyo, hemos desarrollado un amplio conjunto de publicaciones que merece respeto.

¿Cuáles son, entonces, las ideas básicas que han de iluminar nuestro quehacer durante los próximos años?

En primer lugar, en relación con el contenido temático de nuestros programas, hemos de mantener nuestro interés —sin pretensiones excluyentes,

sin embargo— por conocer mejor la situación de aquellos sectores sociales de Costa Rica que se encuentran en una clara posición de desventaja en el seno de la estructura social. Esto constituye un valor que ha dirigido muchas de nuestras preocupaciones científicas y que con mayor razón en un período como el actual, en el cual apenas se está remontando en forma por demás precaria la situación de aguda crisis que hemos vivido, debemos mantener.

No es por cierto fruto del azar el que nuestros cuatro programas vigentes sean precisamente los siguientes: “Estructura productiva del agro costarricense”, el primero, dedicado en buena medida al estudio del campesinado y de los sectores asalariados del campo; “Mujer y Sociedad en Costa Rica” el segundo, cuyos dos proyectos ya concluidos tuvieron entre sus objetivos el conocimiento de la forma como funcionan los grupos de mujeres del campo y de la ciudad que pertenecen a los sectores sociales de escasos ingresos y que se han venido organizando para producir para el mercado; “Movimientos Populares” el tercero, y el cuarto “Propiedad social en Costa Rica, con énfasis en el estudio del cooperativismo”. Con este último programa el Instituto se ha convertido en una institución pionera al proponerse la indagación sistemática y de largo aliento de uno de los fenómenos sociales más significativos de la Costa Rica contemporánea.

En segundo lugar, y como otra idea directriz, hemos de reforzar toda nuestra organización interna con base en la noción de programa. Entendemos por éste un conjunto de proyectos de investigación y de actividades diversas, estrechamente articulados con el fin de producir nuevos conocimientos dentro de un campo temático específico y de difundirlos por medio de variados procedimientos, con una perspectiva de al menos mediano plazo. El programa, una vez que se le concibe así, ha de visualizarse entonces como una matriz operativa orientada a producir resultados de la investigación científica en un proceso continuo y acumulativo, teniendo como perspectiva un horizonte más amplio que el corto plazo establecido en general para los proyectos. Esta matriz conlleva como algo que le es inherente dentro de nuestra concepción, la permanente preocupación por poner esos resultados a la disposición de los usuarios potenciales —determinados de una manera más o menos general o previamente identificados con una mayor precisión—, alcanzándose esto por medio de la difusión usual de los conocimientos (documentos escritos y reproducidos, artículos de revistas especiali-

zadas, libros, medios audiovisuales, etc), por la vía de la docencia en el grado y en el posgrado, por intermedio de las actividades de la así denominada “acción social” y por la prestación de servicios de asesoría, entre otros, a grupos e instituciones públicas y privadas. Además, estos mecanismos de diseminación del conocimiento producido —y de manera especial la docencia en el grado y en el posgrado y las tutorías de tesis en ambos niveles— tienen que ser captados como mecanismos igualmente estimulantes de la producción de otros conocimientos en el marco de los objetivos y los intereses cognoscitivos del programa. Este, así, queda conceptualizado como un instrumento idóneo para enlazar las distintas actividades de que se compone la vida universitaria y para integrar de buena forma el quehacer del profesor en una óptica, sin embargo, en la cual lo que organiza y orienta la actividad global, constituyendo en este caso su prioridad, es la génesis de nuevos conocimientos.

En tercer lugar, ha de acompañarnos en lo sucesivo una persistente preocupación por elevar la calidad de nuestra producción científica, siendo es-

to considerablemente más importante que la mera expansión de nuestras actividades.

En cuarto lugar, hemos de procurar intensificar, como unidad académica, nuestras relaciones con todas las escuelas de la Facultad de Ciencias Sociales en primer término, y con otras unidades de investigación de la Universidad de Costa Rica, en segundo. En este ámbito, las iniciativas que se han venido tomando en la Institución apenas comienzan a patentizar su bondad, y es mucho aún lo que resta por hacerse para lograr así un aprovechamiento mayor y más racional de todo el potencial con que cuenta en investigación la Universidad.

En quinto lugar, tenemos por delante el inmenso reto que significa hoy la búsqueda y la obtención sistemática de recursos financieros externos y el establecimiento de diversos vínculos de intercambio y cooperación con agentes foráneos a la Universidad, que pueden convertirse en instrumentos nada despreciables de expansión y consolidación de nuestras iniciativas.

Estos son algunos de los pilares sobre los cuales han de descansar las acciones que emprendamos en los próximos años.